

PROPUESTA PARA UNA DEFINICIÓN DE BELLEZA

JOSÉ R. VILLALÓN, UPR PONCE

Resumen

Después de distinguir cuatro grupos prevaletentes entre las definiciones o descripciones de la Belleza, el autor levanta reflexiones críticas de tipo léxico y de tipo filosófico sobre su naturaleza. En las de tipo léxico hace resaltar cómo unos y otros términos acerca de la Belleza enfatizan diferentemente lo descriptivo y lo apreciativo, inclinándose así al origen intuitivo y a la función transformadora de la Belleza, por tanto a su relación con la verdad metafísica y con el Bien. En las de tipo filosófico se vale del estudio de los conceptos de Ser, de Realidad, de Orden, de la dimensión de los trascendentales medievales para caracterizar la Belleza. Se destacan incidentalmente las contribuciones de san Buenaventura y de Alexander Baumgarten en el desarrollo de las teorías sobre lo bello.

Palabras clave: Orden, información, emergencia, complejidad, relación.

Abstract

After suggesting that most of the better known descriptions or definitions of Beauty may be grouped in four different groups and commenting on their features the author introduces some critical reflections both lexical and philosophical on the nature of Beauty. Terms for Beauty can emphasize a descriptive approach, or stress the appreciative attitudes of those who come in touch with beautiful things, while some terms do both. So Beauty is seen through them either in relation to metaphysical truth or to Goodness. Or also in relation to both. The terms thus also refer to the intuitive nature of our understanding of Beauty and its transforming and creative function. In his philosophical observations he delves in the concepts of Being, Reality, and Order in medieval and modern moods, and evokes the medieval doctrine of the transcendentia which will give the cue for his definitions of Beauty. He dwells briefly on Saint Bonaventure's and Alexander Baumgartner's outstanding contributions to our culture's understanding of Beauty.

Key words: Order, Information, emergence, complexity, relation.

* * *

Apenas empieza uno a investigar lo que es la belleza, leyendo, por ejemplo, lo que de ella se ha escrito a lo largo de los siglos, nos encontramos con un panorama asaz distinto de cuando enfocamos nuestro estudio en la definición de otros conceptos de igual importancia o categoría. Me refiero al hecho de que las cosas que unos y otros autores escogen expresar acerca de la belleza difieren mucho más entre sí que las diferencias que suelen notarse en las definiciones de conceptos del mismo tipo: la Verdad, el Bien o la Realidad, por ejemplo. Esto sea dicho sin implicar que el conocimiento de esta diversidad de «definiciones» deje de ser una experiencia enriquecedora.

Unos piensan que la belleza es alguna cualidad o propiedad que *está en las cosas*, pero otros se suman a los que adoptan la opinión que expresa también la famosa frase inglesa: *Beauty is in the eye of the Beholder*, haciendo de la Belleza más bien algo creado por la mente.

Cuatro tipos de descripción de la Belleza

Las innumerables definiciones de belleza pudieran quizás quedar resumidas en cuatro tipos. El grupo más numeroso es aquel que identifica la belleza con algo cuya contemplación provoca (en el ser humano) un *fenómeno placentero*, descrito de diversas formas. El mismo santo Tomás de Aquino, en la *Summa Theologiae* (I. Q. 5, Art. 4, ad 1) dice simplemente que «*pulchra dicuntur quae visa placent*» («se dice que las cosas son bellas si placen cuando son vistas»). En el contexto del artículo, es justo anotarlo, se prepara una contestación más a fondo.¹ Se puede decir que esta es la visión de la belleza que se presenta espontáneamente a la mente de la mayoría de la gente cuando de la belleza se habla. Sin embargo, lo dicho en esta locución tomista, como en muchas expresiones similares, identifica la belleza, no por lo que la belleza *es*—como exigiría una definición— sino por el *efecto* que la belleza tiene sobre los seres humanos. Además, por exigencias de lo definitorio, solo lo bello debería dar placer, y todo lo placentero debería ser bello. No creo que los autores de esas definiciones dieran por supuesto estos requisitos.

Un segundo grupo de «definiciones» de la belleza, cuya frecuencia ha tendido a aumentar en los últimos tiempos, apoyándose quizás en el hecho de la estrecha relación de la belleza con los fenómenos humanos, hace de la belleza un producto del Hombre.² Es el Hombre el que produce la belleza, la cual aflora por la magnitud de la *expresividad* del Hombre a través de la palabra, la gráfica, el sonido, la acción, etc. Sin que sea el propósito explícito de esta manera de enfocar las cosas, este grupo de definiciones tiende a olvidar la belleza cuando se encuentra en la Naturaleza.³ Esta manera de ver resalta la función creativa del Hombre. El mundo se enriquece y adquiere su rostro humano gracias a la expresión

estética. La Realidad se desdobra, multiplica y ennoblece gracias al Hombre demiurgo. Los elementos naturales no son sino los materiales con los cuales el Hombre crea la realidad bella, con sus manos o con la mente. La diferencia de visión entre el grupo primero y el segundo viene de que cada grupo escoge como típico de la belleza un efecto diferente. El primer grupo se refiere a un efecto que, por usar una palabra común, podemos llamar provisionalmente *emocional*. El segundo grupo enfatiza más el efecto intelectual, aunque puede extenderse a otros campos. De este tipo son, por ejemplo, las expresiones de Bernard Bosanquet (*History of Aesthetics*, 1892).

«Belleza es todo lo que posee expresividad (sea característica, o sea individual) para la percepción sensorial o la imaginación. La expresividad, sea general o sea abstracta, está sujeta a ciertas condiciones especiales en cada medio». (Mi traducción libre)

Esta expresividad de que habla Bosanquet, menos característica de la del resto este grupo, parece ser una propiedad que tienen muchas cosas en la Naturaleza, que son captadas por el Hombre, además de todas las cosas del arte. Bosanquet también nos señala que el «órgano» o los órganos que captan esa expresividad son los sentidos del Hombre—su capacidad sensorial— y la intuición o imaginación, con lo cual parece distinguir entre esta facultad y el intelecto racional o lógico propiamente dicho, dando más peso a la primera que al segundo.

Benedetto Croce, en su libro *Estetica come scienza dell'espressione e linguistica generale* (Milán, 1902) es mucho más insistente y explícito: «Belleza es expresión exitosa». ⁴ Quizás más que ningún otro autor, Croce identifica la belleza con la capacidad creativa del artista, que también en su obra se revela a sí mismo. También en él la expresividad depende especialmente de la intuición, que es distinguida del intelecto racional.

El grupo que nombramos en tercer lugar, pero que tiene una gran antigüedad, y quizás una cierta precedencia sobre cualquier otro, es el

de aquellos que identifican la Belleza con la excelencia en la organización de la Realidad, ya sea en el mundo natural, ya sea en la producción humana. Uno de los modos más impactantes de dar nombre identificador a esta fuerza organizadora es llamarla *orden*, como hace Agustín en su definición. El énfasis de este grupo en destacar la relación de la definición de la Belleza con la organización de la Realidad natural o artística—y en especial con el orden— va a determinar nuestro desarrollo del tema, algunas de cuyas características podrían sorprender un tanto si no se tuviera en cuenta esta intención.

Este tercer grupo es el que opta más claramente por definiciones formales, aquellas que mencionan un género próximo en el que esté contenido lo definido (en este caso, la Belleza) y la diferencia entre la especie que se define y todas las demás especies contenidas en el género seleccionado. Las definiciones de conceptos tan abstractos (como ya veremos, aquí escogemos seguir la tradición de llamarlos «*trascendentales*») tienen el problema de que siendo tan alta la «especie» a que pertenece la Belleza, es muy difícil identificar el «género» que la abarque con otras especies.

La joya de estas definiciones, a mi entender, es la famosa definición agustiniana, cuyos atributos predicativos son dos palabras: una para identificar el género próximo y otra para la diferencia específica. La definición tradicional de Agustín de Hipona lee así: *Pulchritudo est splendor ordinis*. ⁵ Así pues, la belleza es, como *género*, un tipo de orden—o el orden mismo— y lo que la distingue de todas las otras menciones del orden, es que se trata de *una* de las características del orden: su esplendor—es decir— su forma de impactar la mente, que se expresa con una metáfora que tradicionalmente representa lo intelectual—la claridad intensa— pero que añade tácitamente el matiz de la conmoción del ánimo, pues ordinariamente reaccionamos positivamente al esplendor, la claridad, la luz. Se trata de una definición bella de la Belleza, la cual, además cumple con los requisitos para cualificar también como definición en los dos grupos anteriores, pues este esplendor *agrada* e igualmente *expresa* maravillosamente una característica del orden, que es la nota

que mejor se identifica con la Belleza, puesto que el esplendor es un tipo de «irradiación de la cosa» a la que la sensibilidad del Hombre es particularmente sensible.

El cuarto tipo de caracterización de la belleza tiene cierta relación con el segundo, puesto que en esta concepción la *causa* más genuina de la creación de la belleza sigue siendo el *Hombre*, se concentra en analizar una causa secundaria en los elementos que el Hombre usa para la confección de lo bello, y que básicamente proviene de la Naturaleza: la materia —con su suavidad o su rudeza, densidad o levedad, contorno o color; el sonido, la luz, el movimiento, y los elementos materiales del lenguaje (tono, acento, timbre, estructura sintáctica, ritmo, etc.)— se pone de relieve por el creador de la belleza, combinando esos elementos a su voluntad en nuevos órdenes para inventar efectos nuevos. En estos elementos reside de alguna forma, o en parte, la peculiar belleza de las cosas. Como ejemplo: un escultor puede añadir belleza a su obra haciendo resaltar y hacer relevante, a base de ingenio, la rugosidad de un humilde material como el cemento. El cemento contribuye a la Belleza total de la obra por su rugosidad, discretamente puesta de relieve. De repente se descubre que la rugosidad no equivale a fealdad.

Así y todo, no mucha gente experimenta la necesidad de que le expliquen qué es la belleza, pues esta es algo que todos creemos reconocer: «¿Qué es poesía? ...¿y tú me lo preguntas?». Puede suceder que al verse expuesta a una explicación definitoria, mucha gente acabe por estar en una situación peor que antes de la explicación, especialmente si se le ofrecen varias explicaciones alternativas, como las anteriores.

Es impresionante ver, por ejemplo, cuántos pensadores relacionan la definición de belleza solamente con el arte, como si la belleza no apareciera en la naturaleza. La Belleza aparecería así solo en la esfera de lo humano, por lo cual al aceptar este punto de partida nos veríamos forzados a concluir que la belleza es un concepto cuyo referente tiene que ver solo con el ser humano.

Consideraciones sobre la Belleza como orden

Podemos tener la impresión de que una vez conocidas algunas definiciones de las del tipo de la de san Agustín, no necesitaríamos ninguna otra. Pero esto no es muy propio de una mente inquisitiva. Se podría levantar la objeción de que en estricta lógica, ni el género próximo ni la diferencia específica de esta definición están expresados con términos unívocos. *Esplendor* es una espléndida metáfora. Pero la esencia de toda metáfora es la de aludir a un objeto de conocimiento por medio de un término que no le sienta bien, al ciento por ciento, a lo que se quiere definir. Al contrario: lo esencial de la metáfora es su radical **alteridad**: hay una diferencia entre lo que quiere decir la metáfora y lo que en realidad dice. En cuanto a la palabra *orden*, tiene ciertamente un rango más filosófico, y hasta pudiera pensarse como un término técnico de la filosofía ya desde aquella época. Un término técnico es el aceptado en el reservorio léxico de una comunidad especializada, el cual término, aunque tenga varios significados, es usado en la comunidad en una sola de sus acepciones. No sé hasta qué punto la palabra *ordo* era ya un término técnico en una comunidad que envolviera a san Agustín. Lo que sí se puede decir a la altura del siglo XXI es que *se non è vero, è ben trovato*, porque la palabra *orden* ha sido estudiada y ha adquirido en nuestro mundo una importancia enorme para la explicación de la Realidad, y esto en un sentido que va mucho en la dirección en que la usó Agustín. Sea que la Realidad se considere bien ordenada (cosa muy difícil de sostener hoy en día), sea que consideremos que solo una parte de ella lo esté, siempre se podría decir que la parte ordenada es bella, y la otra no. Pero dependiendo de lo que entendamos por orden (como lo simétrico), este punto de vista parece a algunos contraintuitivo, y algo «salvaje» puede ser considerado bello.

A través del tiempo nos hemos dado cuenta de que —a pesar de que el *desorden* prevalece de alguna manera —avasalladoramente— en la Realidad del Cosmos, muy por encima del orden (testigo: la incontestabilidad abrumadora de la segunda ley de termodinámica, por

ser esta una de las formulaciones más seguras de la ciencia física), desorden que prevalece, ¡ay!, lamentablemente también en el escenario de la acción humana— el incremento en la índole y complejidad del orden a través de las etapas de la evolución cósmica ha sido reconocido a cada nivel de la Realidad como el ingrediente esencial de la *emergencia*⁶ de la novedad en la fábrica de la Realidad cósmica tanto como en el mundo de las realidades culturales (que en el fondo, pertenecen también a la primera). La emergencia, a su vez, es vista hoy en día como la característica más decisiva de la «verdad» de la evolución cósmica. Es al reconocer el hecho de la emergencia de los seres unos de otros que identificamos hoy en día qué es la Realidad, según muchos entendidos.

Como lo expresa su definición, el fenómeno de la emergencia *explica*, más que meramente limitarse (como antes) a constatar (o suponer), que las realidades de orden superior (lo mismo en el mundo atómico con respecto al cuántico, que en el biológico con respecto al simplemente atómico, que en el intelectual frente al meramente biológico) proceden causalmente⁷ de la complexificación de órdenes más simples⁸.

Si como dice san Agustín, la Belleza está relacionada con el orden, la Belleza es la misma Realidad, pues ésta no es sino la organización de la misma «estofa», del mismo «algo» (inglés, «stuff») en formas de diferente complejidad. Demos este ejemplo: si consideramos que lo que la física llama *masa* no es más que la indefinible *materia* (*stuff*) una vez que la concebimos como sometida a las cuatro fuerzas elementales (que no son sino relaciones: gravitación, electromagnetismo y las fuerzas fuerte y débil del átomo). Es decir, que la masa es la misma materia cuando la consideramos toda relacionada u organizada por sus relaciones. Entonces podemos establecer esta proporción: «Realidad (o Ser) es a Belleza como materia es a masa» (puesto que la masa es *materia en relación*).

Eso mismo determina que las mismas notas cambiantes de la Realidad en sus sucesivos «avatares» sean la explicación de la cambiante y variegada Belleza. Ahora bien, es preciso señalar desde ahora que el significado del término *orden*, en su sentido más profundo es hoy en día sinónimo de *información*⁹, palabra, por cierto, que ha enriquecido (y

«tecnificado») extraordinariamente su significación en los últimos años¹⁰. La historia de la evolución cósmica es la historia de sistemas ordenados sobre los cuales se apoyan órdenes más complejos formados por síntesis que posibilitan funciones más altas, más armónicas, más admirables. Como nos enseña la segunda ley de termodinámica, es *la energía* lo que se desordena. En cambio, **parte** de *la materia* gana en complexificación (la parte viva), y al hacerlo, constituye objetos cada vez más ordenados, a tal punto que en el *ápex* de la emergencia actualmente: el *homo sapiens*, el cerebro ostenta la propiedad de ser el objeto de mayor *densidad de energía* en el universo conocido. Una visión más amplia de la energía, la caracteriza no como algo que solamente se desintegra, sino como algo que adquiere cada vez mayor diferencia entre sus estados de desorden y sus estados de orden. Un desarrollo más extenso de la conexión entre la idea de información y la idea de la Belleza nos llevaría más lejos de lo que es posible manejar en este contexto.

De vuelta al tema de la Belleza. Lo léxico.

Creo que después de que en 1750 Alexander Gottlieb Baumgarten escribió su *Aesthetica*, momento en el cual esta palabra grecolatina experimentó un giro desde la significación de *sensibilidad (corporal)* al significado más intelectual de *(buen) gusto*, la balanza en los tratados que interesaban lo bello pasó a un tipo de consideración que privilegió la belleza en el **arte**. *Ars*, en latín, tiene la significación primaria de *aquello que el Hombre hace*. Así pues, la belleza se consideró mayormente desde el punto de vista de las condiciones que hay en el ser humano —qué parte de sus «facultades» son las responsables de la percepción y la creación de la belleza.

El descubrimiento en el siglo XV, y la posterior traducción por Nicholas Boileau en 1674 del tratado de (Casio) Longino sobre *Lo Sublime*, obra escrita probablemente en el siglo III (tomada esta palabra —*sublime*—, al decir de varios expertos, más en un sentido adjetivo que sustantivo¹¹) y comparada esta nueva noción con la noción de Belleza, como sucedió con la aparición del libro de Edmund Burke,

A Philosophical Enquiry into the Origin of Our Ideas of the Sublime and Beautiful, 1757, gracias también a las ideas de David Hume con su obra *A Treatise of Human Nature* (1739), en que Hume se afanó por crear una «ciencia del Hombre» totalmente naturalista, examinando la base psicológica de la naturaleza humana fueron todos elementos de una tendencia a considerar la Belleza mayormente como un producto del Hombre. Esto ocurría al tiempo en que decaía la influencia de los racionalistas, como Descartes.

No debemos ignorar que en los tiempos de estos desarrollos la «palabra princeps», la «prima inter pares» para lo que hoy llamamos Belleza era el vocablo *Pulchritudo*, con el adjetivo *pulcher* (por sobre *formosus*, *decorus*, *bellus*) y que aquella primera tiene también derivados en las lenguas romances (e igualmente en el inglés posterior a la batalla de Hastings). Baumgarten escribió en latín y usó *pulchritudo*. ¿Cómo fue que de esta palabra pasó su cetro en los idiomas vernáculos de Europa Occidental a *Beauté*¹², *Beauty*, *Bellezza*, etc.? Es interesante la apreciación de Monroe C. Beardsley¹³ sobre el particular. Su premisa es que esta nueva preferencia se debe a que la dicha palabra siempre tuvo un doble matiz significativo, subrayando a la vez lo *descriptivo intelectual contemplativo* y lo *apreciativo concupiscible conativo*. Lo bello, que es básicamente objeto de una cognición, es acompañado por matices de lo sensorial y lo afectivo por una parte; y por otra por nuestra tendencia primaria a la posesión del Bien. Los que insisten en el descriptivismo del término están afirmando la existencia de hechos y datos acerca de la realidad **bella**; los que insisten sobre la deseabilidad de su posesión, y por tanto sobre su *valor estético* tienen con la belleza una relación más parecida al enamoramiento (aunque este es por su propia naturaleza, por cierto, también una maravillosa fuente de conocimiento). Unos afirman la existencia de una propiedad en lo real, a la que llaman Belleza; los otros insisten en la atracción, motor del deseo de posesión de la cosa bella.¹⁴

En la sensibilidad popular, lingüística, pero no filosófica, de la palabra *Bellus* en el bajo latín e inicios del romance, a diferencia del vocablo *Pulchrum*, aquella primera poseía al mismo tiempo los matices de lo

descriptivo y de lo apreciativo. Esto tiene que ver sin duda con el origen de la palabra Bello. La forma no históricamente atestiguada **benūlus* sería el posible diminutivo (*ūlus*) de un sustantivo *bene*, aplicado mayormente a los infantes con la significación de un ser *gracioso*, «mono», bonito (bon+ito), en la que el elemento *apreciativo* de la raíz *Ben* acompaña al también presente elemento *descriptivo*, mientras que en *Pulcher* y sus derivados aflora menos conspicuamente el primero. El proceso normal en gramática histórica para la evolución hacia el bajo latín y el castellano en esta secuencia de fonemas seguiría este esquema:

bénūlus > > > > > *ben lus* >> >

↓ **eliminación de vocal breve postónica/**

[*benlus*>*bellus*] >> > > *bellus* >> > > *bello*

↓ **asimilación consonántica /** ↓ **bajo latín** ↓ **español**

Así, el elemento *apreciativo* (lo «pequeñito bueno», lo bon+ito, lo que tiene gracia) se añade al elemento *descriptivo* en la preferencia de *Bellus* sobre *Pulcher*. Así pues, también léxicamente, la Belleza apunta al Bien. Una gran mayoría de las palabras que ostentan sinonimia con Belleza provienen de términos que expresan lo *apreciativo*: bonito, agraciado, grácil, precioso, exquisito (de *quaero* ⇒ buscado más que otras cosas), divino, glorioso, paradisíaco, celeste, primoroso, encantador, honesto, Belleza (como hipérbolo o sinécdoque para referirse a un espléndido ser humano), gallardo, apuesto, majo, guapo (sánscrito: *yappus*). Frente a esta profusión, los sinónimos de belleza que enfatizan lo descriptivo son mucho menos numerosos, aunque importantes: *Hermoso* (por la forma), *lindo* (por la limpieza o tersura = *lim[pi]dus*), *decoroso* («como debe ser» = *dece*), *perfecto*. Con unos y otros la imaginación creativa del lenguaje popular ha dejado ver la importancia que este elemento de lo excelente

tiene en nuestra vida diaria. La palabra *estético*, escogida por Baumgarten, tiene también, y muy pronunciado, el doble matiz, porque viene del griego *aisthesis*, que quiere decir los *sentidos* (vista, oído, tacto, etc.) que tienen la doble función de iniciar el proceso de cognición y de encarnar la experiencia de la fruición, a cuál más importante en la vida humana.

La Belleza a partir del concepto de Realidad. Históricamente.

Pero una reflexión más profunda sobre la belleza exige pasar del examen del léxico al significado filosófico derivado de lo que es propio y constitutivo de lo bello *qua* bello. Para iniciarnos en tal reflexión es quizás lo más adecuado acercarnos al primero de los filósofos del Ser. Me estoy refiriendo al eleata Parménides. Se dice que la intuición del filósofo lo llevó a la valoración –pensada por muchos no solo como suprema, sino como exclusiva para este filósofo– de la que ciertamente es la nota más importante del Ser, o de ser (*Ser*, o «*Lo siendo*» (τὸ ἔόν): su **Unidad o Unicidad**. Se le ha criticado a Parménides la exclusividad del destaque de la unidad del Ser y el descuido simultáneo en estudiar su multiplicidad. Pero quizás habría que examinar con más cuidado los atributos del Ser, o de *ser*, en Parménides¹⁵. Pues el **BIEN**, uno de ellos, es llamado por él (en traducción) la **Integridad** de ser (ὄλομελές en griego). Esta palabra significa *literalmente* aquello a lo que «no le falta ninguno de sus miembros». Luego de cierta manera el Todo del Ser íntegro parmenidiano no excluye, antes implica, que como en todo Todo, haya en él elementos tan bien **integrados** que lo que más resalta en él es la unidad del Todo. Las cosas «se sujetan» (συνεχέει) en continuidad las unas a las otras, como dice el eleata. Nadie comprende totalmente lo que es el planeta Tierra si, además de las rocas y las plantas, no considera también el Sol, la Luna, la Vía Láctea, etc.

Sea lo que sea la compleción del concepto de *Ser* en Parménides, poco a poco han comprendido los filósofos que la unidad y la multiplicidad

en el Ser, lejos de ser excluyentes, son complementarias y se necesitan mutuamente, formando el *boucle*, o bucle, de que habla Edgar Morin. Más que nunca es en nuestra época, en que la ciencia se ha adentrado cada vez más en la filosofía de la ciencia y a favor del hecho del tardío nacimiento de la palabra *Realidad* (siglo IV de nuestra era)¹⁶ el momento en que la concepción parmenidiana de *Lo Siendo* puede comprenderse como marcada tanto por su sentido de unidad como de multiplicidad incluida.

Aparecieron desde antiguo muchos vocablos que disputaban al Ser parmenídeo su preeminencia. Platón le antepone el *Bien*, y Aristóteles casi le igualaba el *Verum*. (En este último, la *verdad metafísica* equivale a Ser). Plotino, sin darle consistencia de Ser al *Uno*, decía a éste anterior y superior al mismo Ser. La palabra *res*, que significaba para los latinos lo que para nosotros la palabra *cosa*, se sumó a estos grandes conceptos, y nacido el vocablo *realitas* en el bajo latín, compitió con el concepto de Ser, y se sumó al número de estos conceptos tan importantes desde el medioevo con el nombre de *res*. Aunque hubo profundos estudios de estos conceptos, especialmente relacionados con la idea de la Trinidad divina, en el temprano medioevo no formaron nunca un grupo identificado con un nombre. Fue solo a finales del siglo XII o principios del XIII que un clérigo conocido como Felipe el Canciller (lo era de la Catedral de Notre Dame de París), traductor de algunos textos arábigos, se refirió a ellos bajo el nombre comprensivo de *transcendentalia*.

Por relacionar estos trascendentales con la teología de la Trinidad, además del grupo general de los trascendentales se privilegiaron algunos que formaban un grupo de tres.¹⁷ Apoyados en textos aristotélicos, se elaboraron teorías acerca de que cada uno de ellos tenía una especial relación con el Ser. Aristóteles había dicho que la Belleza tenía una relación especial con el Ser en términos de proporciones, o relaciones (entendidas mayormente en términos matemáticos: mitad, doble, etc.). El Bien establecía las relaciones entre la causa eficiente y la causa final de cada ser. La Verdad establecía las relaciones del Ser con las categorías de cognoscibilidad.

Aparecieron luego distintas trinitades entre los grandes conceptos. Las trinitades, relacionadas con la divina Trinidad fueron principalmente tres: 1) *Esse, Verum et Bonum*; 2) *Unum, Bonum et Verum* (la de Tomás); 3) *Unum, Verum, Bonum et Pulchum*. El último de estos grupos trinitarios, tenía sin embargo cuatro conceptos. Es el grupo que propugna san Buenaventura, el gran teólogo franciscano contemporáneo del dominico Tomás de Aquino.¹⁸

Por la relevancia histórica y la importancia filosófica de la doctrina de san Buenaventura sobre la Belleza y de su relación con la persona del Espíritu Santo cristiano, merecen comentarse al menos unas pocas páginas del libro de Robert E. Wood, *Placing Aesthetics; Reflections on the Philosophic Tradition*, Athens, Ohio, 1999, Ohio University Press. (especialmente alrededor de la pág. 110)¹⁹. Wood destaca que Buenaventura se fundamenta en san Agustín. El filósofo africano había estudiado especialmente los conceptos de **modus, species, y ordo**. Buenaventura entiende que los tales se refieren respectivamente a **la existencia de los seres, a la relación de unos seres con otros, y la relación con la finalidad de cada ser. Particularmente el concepto a que se refiere la palabra *species*, que en tiempos de Buenaventura significa Belleza**, lo estudia Buenaventura explicando las relaciones de *capacidad de manifestarse*, que es una propiedad de la Belleza llamada *speciositas*. Siempre según Wood, para Buenaventura la Belleza no solo tiene el carácter de un trascendental, sino que es el central de ellos. Wood cita también los estudios de Hans Urs von Balthasar sobre Buenaventura. Balthasar afirma que Buenaventura es el clímax de la teología sapiencial, la cual está basada en el *gustus experimentalis*, que es la vivencia de ser «sobrecogido» (overpowered) al experimentar la «plenitud de La Realidad», una forma de exceso extático. Wood cita también la afirmación de Balthasar que Buenaventura es el filósofo medieval que más agudamente considera el fenómeno del conocimiento sensorial y de la fruición, el cual es la fuente de nuestra posibilidad de expresarnos en la forma más excelente. Impresiona la forma en que estos señalamientos de Wood y de Balthasar sobre Buenaventura son anticipaciones de lo que

filósofos más modernos, muchos de ellos ni siquiera mencionados aquí, han dicho como componentes esenciales de la estética.

Belleza y Realidad en el discurso metafísico

La idea de la *Conversión* lógica fue aplicada a los trascendentales. Comprendieron los filósofos que los términos «trinitarios» se equivalían: cada uno podía fungir frente a otro lo mismo de sujeto que de predicado: *convertuntur*. Pero las palabras que designan las propiedades que no pueden faltar en ningún ser llegaron a sobrepasar estos cinco. Fueron apareciendo el *ente*, en latín, *ens* (en gran parte de los autores como concepto diferente de *esse* (Ser) con la posible notable excepción de Tomás). Otra palabra que adquirió el mismo rango que Ser fue la palabra *algo* (aliquid): todo ser, como opuesto de la Nada, es algo. Finalmente, como todo aquello que existe concretamente es una *cosa* (*res*) a esta palabra se le dio el mismo rango que a las otras nombradas.

En el medioevo todo estaba listo para una reflexión organizadora de estos conceptos rivales del concepto de Ser. Uno de los principales autores de esta organización fue Tomás de Aquino. El consignó la observación de que se hablaba del ser como *ens* cuando se quería uno referir a la **existencia** de ese ser, mientras que al mismo ser se le llamaba *res* cuando uno se quería referir a la **esencia** de ese ser. Así estos vocablos traspasaban todos los límites entre ser y ser; estaban presentes como notas de todo ser. Este traspasar era una trascendencia, por lo que estos conceptos podían ser llamados *trascendentales*. Santo Tomás hizo la lista de los trascendentales en seis: «**ens, res, unum, aliquid, verum, bonum**»; Nótese que no aparecen ni el *esse* (*ser*) ni el *pulchrum* (*bello*).

Es posible que la palabra Ser, en un sentido el principal de los trascendentales, se eliminara de la lista, pues se erigió en la palabra en la cual todos los demás se subsumían. Otra hipótesis es que santo Tomás no la haya considerado por no distinguirla del *ens*, ya incluido en la lista. Desde entonces, podemos decir que el Ser es el género último, más extenso del cual no hay ningún otro término. Y los demás trascendentales,

que aparecen en todo ser (y que no están necesariamente limitados a los mencionados por Tomás), son notas o aspectos del mismo, pero difícilmente concebibles como menos genéricos que este, pues abarcan el mismo número de referentes. Por eso se dice que la posibilidad lógica de la *conversión* existe entre *todos* los trascendentales, no solamente entre algunos.

La sugerencia de santo Tomás de que *ens* y *res* son palabras ambas que se refieren al *esse*, aunque de formas distintas, me hizo pensar (lo cual no quiere decir que quizás otros, aunque yo lo ignore, no lo hayan pensado antes de mí) que la misma situación es aplicable a los otros trascendentales. Tal circunstancia me inspiró a elaborar la tabla que aparece a continuación, la cual, a mi ver, sistematiza bastante adecuadamente la relación entre los principales trascendentales y el Ser, incluyendo la Belleza.

Relación de cada trascendental con el SER		
TRASCENDENTAL	RELACIÓN	ASPECTO
<i>Ens ente</i>	«es el aspecto del Ser cuando nos referimos a su»	<i>existencia</i>
<i>Res cosa</i>	«es el aspecto del Ser cuando nos referimos a su»	<i>esencia</i>
<i>Unum uno</i>	«es el aspecto del Ser cuando nos referimos a su»	<i>identidad</i>
<i>Aliquid algo</i>	«es el aspecto del ser que lo distingue de»	<i>la nada</i>
<i>Verum verdad</i>	«es el aspecto del Ser cuando nos referimos a su»	<i>cognoscibilidad</i>
<i>Bonum bien</i>	«es el aspecto del Ser cuando nos referimos a su»	<i>valor</i>
<i>Pulchrum bello</i>	«es el aspecto del Ser cuando nos referimos a la»	<i>Conectividad de sus elementos constituyentes</i>

En este cuadro, entre los llamados «aspectos», la *existencia* se refiere al ser *en acto* (*in actu* como opuesto a *in potentia*), la *esencia* a su «materia y forma» o lo que es lo mismo, a lo que Aristóteles llamaba la ουσία, también, algo ambiguamente conocida por los latinos como *substantia*²⁰; el *unum* a la exclusiva identidad consigo mismo; el *aliquid* a la contradicción con la nada; el *verum* a la posibilidad de su cognoscibilidad *qua esse*; el *Bonum* a su valor, o lo que es lo mismo a su causa final, y la *Belleza* a la perfecta, armónica, completa *conectividad en el Ser* como totalidad de sus componentes o constituyentes, en donde tal conectividad de la totalidad puede referirse tanto al Ser Uno (Dios o el Universo) como a cada uno de los seres «sustanciales» o constituyentes individuales concretos del Universo. Entre estos últimos, cuando se habla de Belleza, no queda más remedio que incluir también a los *conceptos*, aunque estos no sean sustanciales, pero podemos decir que cada uno tiene sus rasgos esenciales, que también son —o consideramos que son— bellos, en tanto en cuanto metafórica y lingüísticamente, para entenderlos y retenerlos en la memoria, no tenemos más remedio que «reificarlos» (prosopopéyicamente) como productos de nuestras funciones superiores.²¹

La teoría de los trascendentales nos permite, como vemos, identificar la Belleza como un aspecto o manera de llamar o comprender al Ser, y a todo ser. La historia de la terminología filosófica nos permite sustituir legítimamente en el reservorio léxico unos términos por otros, como ha sucedido en el pasado para términos venerables, e incluso sugerir que se mejore la homonimia de los mismos y se creen nuevos términos. Un lector moderno comprenderá adecuadamente la expresión «toda la Realidad es bella y toda realidad es bella en proporción de su perfección, armonía e inteligibilidad».

Hemos argumentado hasta identificar la Realidad como el género máximo en que está incluida la Belleza. Los aspectos trascendentales de esta Realidad (o universales para toda realidad) nos pueden servir a manera

de *diferencias específicas*. Entre estos aspectos encontramos la Belleza y subrayamos la perfecta, o al menos excelente conectividad entre los elementos constituyentes del objeto bello.

Me parece interesante señalar que, sobre todo en el nuevo acercamiento de la ciencia y la filosofía, en el fortalecimiento de la filosofía de la ciencia y con el incremento de la interdisciplinariedad, se ha producido un cierto abandono del uso de la palabra *Ser* fuera de la Filosofía. En su lugar, en muchas obras interdisciplinarias, quizás empezando por la cosmología, para designar el propio objeto de estudio, al conjunto de los seres, al Universo, se le da a menudo el nombre de «la Realidad». En especial, esta palabra es preferida por los cosmólogos en los albores anticipatorios de nuestro siglo XXI sobre esa antigua y venerable palabra *Ser*.²² Ya nadie llama *Ser* al Todo último que llamamos Universo, pero los cosmólogos más filosóficos lo llaman *la Realidad*. Desde que descubrimos que todo lo que existe, existe porque está organizado. Esta organización ocurre de una de estas maneras: 1) únicamente como radiación (luz...), 2) como la radiación y el átomo, o 3) como la radiación, el átomo y la célula, estos son los constituyentes únicos de lo que llamamos la Realidad. La realidad (sus constituyentes concretos) está hecha de cosas, compuestas por esos elementos.²³

Conclusiones definitorias

Así estamos preparados²⁴ para ofrecer una definición de La Belleza en terminología lógica, sin metáforas distractoras:

«La Belleza es la Realidad misma en cuanto que su concepto se refiere a la existencia, adecuación y expresividad de las múltiples conexiones de sus elementos».

O en una forma más amplia:

«La belleza es la Realidad misma, tanto en su totalidad como en cada uno sus constituyentes individuales (incluyendo tradicionalmente entre estos los productos de la mente), en cuanto ésta revela un alto

grado de adecuación de sus elementos unos con otros, provocando con ello en el ser humano el fenómeno estético en sus vertientes biológica, cognoscitiva y conativa.»

Pero lo mismo que con más palabras, se puede intentar con menos.

Con menos palabras aún (dadas las explicaciones sobre la función del orden): «La Belleza es la Realidad misma en cuanto ordenada». Las variantes pueden multiplicarse. Por ejemplo: «La Belleza es la información contenida en la Realidad». Todos los trascendentales pueden relacionarse con la Belleza. Por ejemplo, definiéndola así: «La Belleza es la organización de la mera *aliquididad*». Esta última manera de expresarlo tiene en cuenta que también el pensamiento, sin ser *cosa*, por ser *función de cosa (personal)*, puede ser bello. Y no se pierde ninguna sustancia de la Belleza si se la reconoce como «La condición de *acto* de la Realidad». Ya que sería justo no dejar afuera nada sublime, pudiéramos intentar definir la Belleza *sub specie Boni*: «la Belleza suprema es el logro de la adhesión universal al designio de la Realidad»²⁵. Se comprende que esta última definición confunde en un abrazo Amor y Realidad. La Belleza es la fusión de Amor y Realidad. La Belleza *sub specie Boni*, comprendida como drama y mimesis, es el proceso inconcluso, y a la vez el efecto del mismo proceso en que los seres emergidos hasta la consciencia intelectual y ética van internalizando y dando cumplimiento a la coherente estructura dinámica de lo real.

Algunos corolarios

Cuando la Belleza es comprendida como trascendental referido al Ser bajo el aspecto de la excelencia de la conectividad de sus partes, se puede decir que en un cierto sentido, **la belleza nunca cambia**, pues lo que hace bello un ser, o un fenómeno, una acción o un hecho, es siempre algún tipo de armonía o conexión entre sus partes, pero dicha armonía o proporción puede estar cifrada en tan diferentes características o relaciones, que los creadores de belleza han podido escoger siempre distintos elementos con los cuales detectar (algunos) y expresar (otros) y

disfrutar dicha armonía o conexión. En la pintura, por ejemplo: color, línea, dimensiones, matices, perspectiva, simetría, tema, sentido, proporciones, material, ubicación, tono emocional, nivel conceptual, clases de estilo, elementos deliberadamente ausentes, sustitución de todos por partes, composición, etc., etc. Es de todas estas maneras que los elementos de una realidad pueden estar conectados (hasta en disyunciones voluntarias igualmente bellas). Y en este sentido, y sobre todo en la Belleza producida por el Hombre, **la Belleza no hace sino cambiar**. Esa conexión entre los elementos del todo se llama técnicamente en filosofía con el término *relaciones*. El número de los tipos de relaciones es prácticamente infinito. El lenguaje universal de las relaciones es la matemática. La matemática, producto de la mente que analiza las relaciones entre los elementos de la realidad, al permitirnos estudiarlas, descubre la belleza de la Realidad. Por eso la belleza de una expresión matemática es un indicador de su posible verdad. Lo que sí puede motivar que se diga que la Belleza cambia, es que a través del tiempo, por aquello que llamamos moda, muchas personas, o grupos especiales pueden preferir estéticamente un tipo de relaciones más que otros.

Tales ideas me parecen presentes también en la definición que Denis Diderot (1713-1784) dio de la Belleza. En sus «Investigaciones sobre el Origen y la Naturaleza de lo bello», 1714, este filósofo dijo: «*Lo bello es todo aquello que contiene en sí mismo el poder de evocar el entendimiento de las relaciones*». Aunque esta definición privilegia lo descriptivo sobre lo apreciativo, es una de las más claras definiciones basadas en el género próximo («todo aquello», o sea, al menos muchas cosas en la Realidad) y la diferencia específica («evoca relaciones»). Diderot habló de la relación de estos conceptos con muchos de los datos históricos que a los mismos se refieren, incluyendo la Trinidad divina, en la cual seguramente no creía.

En cambio, Georg Friedrich Wilhelm Hegel, (1770–1831) que igualmente considera importantes las relaciones, dice en su «*Estética*», 1832: «*La belleza es la armonía de las partes en la Idea*» con lo cual

expresa la misma idea que Diderot, invertida en su sistema de Idealismo Absoluto), pues para él la verdadera Realidad es la Idea. Su género próximo es la Idea, su diferencia específica es la armonía entre sus componentes.

NOTAS

¹ Además, el Aquinate se refiere explícitamente a las notas esenciales de la belleza en otra parte de la Prima Pars, Quaestio 39, Art. 38, en el largo párrafo del *Respondeo*, cuando estipula que «la belleza exige tres cosas: *perfección (o integridad)*, ... *debida proporción (o consonancia)* e igualmente *claridad*». Qué sea esta claridad resulta explícito cuando algo más abajo, el Verbo Divino, a quien se está caracterizando de bello, es descrito como *luz*, y *esplendor del intelecto*. Reconocemos, no obstante, que esta expresión tampoco tiene forma de definición.

² La palabra Hombre (con mayúscula en este escrito) se usa en este contexto en el sentido semiológicamente «no marcado» que incluye a todo género, sexo y edad (y raza, y credo, y...). En un escrito sobre la belleza no puede haber la menor duda de la posición privilegiada que bajo esta designación ocupa la figura del Hombre en su versión femenina (y no solo por sus características biológicas).

³ Esta conclusión no es completamente necesaria, porque cabe la posibilidad lógica de que, contemplando la naturaleza, el Hombre le aplique algún parámetro sacado más bien de su propia mente.

⁴ Esta definición, y gran parte de las otras citadas, pueden encontrarse en los artículos sobre Belleza de la obra en cinco amplios volúmenes, *Dictionary of the History of Ideas*, N.Y., Scribner's, 1973), libro que he manejado muy a menudo y del cual dependo aquí para este tipo de información. Allí se puede obtener una visión histórica sólida sobre este y muchos otros temas.

⁵ El origen lejano de la definición de Agustín puede muy bien estar en Pitágoras. Glenn W. Olsen, en su libro *The Turn to Transcendence; The Role of Religion in the 21st Century*, citando como fuente a Christiane L. Joost Gaugier, *Measuring Heaven; Pythagoras and Art in Antiquity and the Middle Ages*, Ithaca, Cornell U. Pr., 2006, comenta: «Pythagoras' view of the mathematical construction of the cosmos was one expression of the ancient idea, found especially among the philosophical elite, that *beauty lies in the order of the Universe*».

⁶ Es conveniente dejar claro desde ahora el significado del concepto de *emergencia*, término acuñado en tiempos relativamente recientes, que después de su aparición en la cosmología ha ganado importancia en la biología, en la filosofía de la ciencia y en la teoría de la complejidad. Eric J. Chaisson, en su libro *Cosmic Evolution; The Rise of Complexity in Nature* la define así: «**emergence: The appearance of entirely new system properties at higher levels of complexity not pre-existing among, nor predictable from knowledge of, lower level components; the process of a system «becoming» from its environment at certain critical stages in its development or evolution**» (p. 232 del libro). A esto añade Edgar Morin que el incremento en propiedades es debido a la contribución del entorno en su ulterior síntesis-en-un-*Todo* con el objeto a su nivel anterior.

⁷ No es que la darwiniana «selección natural» sea falsa. Hasta ahora la expresión ha pasado como buena, y nos entendemos. Esta expresión, simplemente, tiene la peca de

contener una metáfora prosopopéyica: toda selección supone un sujeto consciente. Como en toda metáfora, el sentido recto de «selección» como tal, es aquí falso. En el sentido oblicuo —de que no depende de un sistema automático predecible (por lo que se le puede comparar con las verdaderas selecciones) tiene un contenido verdadero. Ese sujeto es, metafóricamente, la diosa Tyché (Fortuna), madre del cambio. Hoy le hemos dado un nombre más digno— Azar. No consideramos al azar causal, sino casual, (*casual* viene de *cassus*, participio pasado del verbo *caer* en latín: «**cayó** así, *cara*, o *cruz*, sin saber por qué»), que es lo mismo que decir que desconocemos la causa, o que negamos, sin apoyo argumentativo (excepto por considerar legítima en este caso la aplicación de la «navaja de Ockam»), que tal cosa exista. Pero ahora conocemos que, como regla al menos muy extendida, la causa de la novedad que llamamos aún *selección natural* es la complejificación del orden anterior por síntesis de éste con algún elemento —también complejo— de su entorno, creando un orden «superior». Consideramos, en efecto, *superior*, lo que tiene más orden (que prácticamente siempre tiene más propiedades). Este orden de cosas revelado en la emergencia le resta importancia a la insistencia en el valor azaroso de la evolución, pues el resultado no es azaroso, sino más orden. No deja de ser importante anotar que el término «selección natural», apto para hablar de un fenómeno relativo a la vida, puede ser reemplazado como término, sin perder su contenido semiótico —excepto la metáfora— por el término emergencia, que se refiere al cambio ya desde el momento del comienzo de la radiación y se extiende a los cambios vitales. (Si podemos ser benignos con la perduración de la expresión *selección natural* es porque se puede siempre argüir, como sucede en infinitos casos, que la metáfora ha perdido su carácter metafórico, que es una metáfora deslavada. Pero entonces no es propio sacar ciertas conclusiones usando el matiz de dicha metáfora).

⁸ Aunque Grégoire Nicolis e Ilya Prigogine, en *Exploring Complexity*, NY, (Freeman) 1989, recalcan la altísima complejidad de los sistemas más «simples», desde antes de la modificación del orden en la materia por los cambios químicos, la complejidad de los fenómenos vitales, de los psicológicos y los sociales, no hace sino «montarse» sobre la complejidad de los anteriores, y la superioridad de estas formas de «orden» está sustentada por la aparición de propiedades sobreabundantemente más ricas.

⁹ «In the cosmic process, increments in the intensity of information are essential factors in the evolution of more complex forms of life and consciousness over the course of time. Increase in information is the fundamental ingredient in the phenomenon of emergence, and it is the motive force in evolution. [*Motive force* es para algunos autores una manera de referirse a la causa final]. As the cosmos has passed through its evolution from matter to life, and then to consciousness, ethics, and civilization, something new, and hence relatively improbable, has been added at each emergent phase. This novelty is real, and not just an illusory cover-up of what is taken to be at bottom either absurd 'chance' or blind 'necessity'». (de: John F. Haight, «Information, theology and the universe», pp. 301-318 en: Paul Davies and Niels H. Gregersen, eds., *Information and the Nature of Reality; from physics to metaphysics*, N.Y., Cambridge U. P., 2010).

¹⁰ El significado principal de la palabra *información* era hasta hace poco el de un proceso humano. Siete de las ocho acepciones de la palabra en el DRAE son de esta naturaleza. La penúltima acepción hace ya de la información, sin embargo, algo existente en

la naturaleza exterior. La información existe desde la época simplemente cuántica (la primera). Christopher Fuchs, gran teórico del Bayesianismo cuántico, nos dice «there is no such **THING** as a quantum state: Quantum states are not things— instead [they are] **information**» (<http://www.perimeterinstitute.ca/videos/quantum-bayesianism-something-old-something-new>). Recordar que Werner von Heisenberg los llamaba «posibilidades». James Gleick, en su libro de 2011 *The Information* NY., Pantheon, y en el capítulo 13, llamado «Information is physical», cita a Fuchs diciendo: «Throw away the existing quantum *axioms*...turn to deep physical *principles*, [they should be found] in quantum *information theory*... *Quantum mechanics has always been about information*». (la mayor parte de los énfasis en esta transcripción son o de Fuchs, o de Gleick). En suma: *orden e información* son sinónimos.

¹¹ Para lo cual podríamos fácilmente suponer que el título, *Περὶ ὕψους*, **sufre una simple elipsis y significara «Acerca de la [condición] sublime»**. Estas y otras interesantes consideraciones están consignadas en el importante libro reciente *The Sublime; from Antiquity to the Present*, editado por Timothy M. Costelloe, Cambridge U. Pr., 2012.

¹² Tener en cuenta que la escritura de *Beau, Beauté*, en francés es circunstancial, por razones contextuales, porque la raíz completa aparece en masculino en la forma *bel*, siendo la forma femenina *belle*, lo cual sucede cuando a la raíz sigue una vocal (v. *bel enfant*).

¹³ En su contribución *Theories of Beauty since the Mid-Nineteenth Century* (pp. 207–214 del vol. 1 del *Dictionary of the History of Ideas*, N.Y., Scribner's, 1973, p. 208).

¹⁴ Recordemos que en la ya citada Quaestio 5 de la Summa, santo Tomás nos afirmaba que *Pulchrum* y *Bonum*, en el sujeto, son *lo mismo* (inhieren en la misma realidad), pero *difieren* en la relación que con el sujeto tienen, porque el bien se refiere al sujeto como su fin, porque es apetecible, y lo Pulcro (lo Bello) es intuido en el objeto bello por la sensibilidad del sujeto debido a sus armónicas proporciones, las cuales son percibidas por un acto intelectual. Pero toda cognición de una cosa bella es percibida por el sujeto, tanto la cognición sensible como la intelectual, y ambas reconocen la belleza siempre en la semejanza entre la *forma* del objeto concreto con la «forma ideal», pues esa semejanza es lo que llamamos armonía (o *consonancia* en el texto aludido). El Bien (o la Bondad) es causa *final* de la apreciación del objeto por el sujeto que a él tiende; la Belleza del objeto es causa *formal* de la identificación del objeto como Pulchrum por el sujeto que lo contempla. (Considero que aquí la *forma* es entendida por santo Tomás más a la manera aristotélica —en tándem con la materia— que a la manera platónica de Idea). (Y la causa formal de una cosa, **es la cosa misma**).

¹⁵ He aquí los principales atributos que he encontrado reunidos por Parménides en el fragmento 8,1: ἀγένητον (increado), ἔδον (siendo), ἀνώλεθρόν (imperecedero) οὐλομελέξ (íntegro), ἀτρεμεξ (incommovible), ἀτέλεστον (sin término). Notemos que no aparece la Unidad. La expresión más explícita de la unidad de lo real en Parménides aparece a mi ver en el mismo fragmento 8, línea 5: (Lo siendo no tiene pasado ni futuro, es eterno presente y no cambia). [«Lo Siendo»] *no ha sido ni será en cierto momento, pues es ahora todo a la vez uno, continuo* (ἐπεὶ νῦν ἔστιν ὁμοῦ πᾶν, ἔν, οὐνεχέξ). Y su último fragmento (19,1)

afirma que los hombres han dado múltiples nombres a Lo Siendo, pero eso (esa pluralidad de nombres) es **opinión** [falsa] (δόξα), pues esas cosas, contrario a Lo Siendo, pasado el tiempo, crecerán y morirán. Notar que en la identificación de los fragmentos de Parménides en esta traducción, las cifras antes de la coma aluden a los párrafos, después de la coma, a las líneas en el párrafo.

¹⁶ Buena parte de mi información sobre la palabra *Realidad* la he obtenido del precioso libro de Germán Marquinez Argote, *Historia de la palabra REALIDAD desde sus orígenes latinos hasta Zubiri*, Bogotá (Búho) 2006.

¹⁷ Entre los autores posteriores, se ha señalado que hay entre los tres libros principales de E. Kant: *Crítica de la Razón Pura*; *Crítica de la Razón Práctica*, y *Crítica del Juicio*, la misma relación con la Verdad, el Bien ético y la Belleza. Kant, sin embargo no acoge el tema tradicional de los trascendentales y usa esta palabra en un sentido diferente. Un autor que alude expresamente a la relación de la crítica del Juicio es Hans Georg Gadamer, que dedica la introducción de su opus magnum, *Wahrheit und Methode*, a la estética de Kant.

¹⁸ Es sobre todo Buenaventura, que al introducir más formalmente la Belleza entre los trascendentales según afirma Umberto Eco (Eco, Umberto, *The Aesthetics of Thomas Aquinas*, 1956, trad. Al inglés 1988, ver p. 45) elabora especialmente un principio de estética filosófica. Pero el cuarto concepto no distorsiona la posibilidad de comparar los principales trascendentales con la Trinidad divina, puesto que si los tres primeros se relacionan uno a uno con las tres personas divinas, el cuarto de ellos se refiere a la presencia recíproca de las personas de la Trinidad unas en otras, asegurando así la unicidad de Dios, gracias a esta inhabitación de unos en otros llamada también *circumincisión*.

¹⁹ Amplios extractos del libro se encuentran también en <http://books.google.com.pr/books?id=-Y9w9lNArm0C&pg=PA110&lpg=PA110&dq=Wood.+Placing+Aesthetics.+Bonaventure&source=bl&ots=XPF1M>

²⁰ En cuanto trascendental, la οὐσία debe ser entendida como *essentia*. No tiene sentido entenderla como *substantia*, puesto que esta, en la filosofía medieval, es una designación para los seres individuales. Todos los seres individuales, subsistentes por sí mismos, que tengan la misma materia y la misma forma, tienen una única y la *misma essentia*, pero cada uno de ellos, al subsistir por sí mismo, constituye una *substantia distinta*. Esta duplicidad de significados es una imperfección de la terminología escolástica. (Casares).

²¹ Me excuso por la superabundancia de la terminología «escolástica» en este párrafo, aunque estimo que cada uno de estos vocablos tiene su equivalente válido en otros sistemas y ha sido enfocado en una forma favorecedora del monismo y de la aproximación moderna a la sustitución terminológica del ἔδον parmenídeo por la *Reality* de la física cuántica y de la cosmología moderna, tanto la científica como la filosófica. No está de más la insistencia en que los conceptos no son cosas, y menos aun pueden equipararse al εἶδος platónico. La única separación de los conceptos con respecto al sujeto individual pensante sucede en la escritura.

²² Ver como ejemplo los títulos de algunos de los libros más ilustres en la literatura cosmológica reciente: Conozco cuatro libros importantes y recientes que se proponen estudiar directamente la Realidad cósmica (incluyendo muchos de ellos la referencia al fenómeno humano) desde el punto de vista físico y que llevan la palabra *Reality* en su título. En ellos, la palabra *Reality*, cuyo referente, por cierto, es de cabo a rabo **todo físico**, incluyendo al Hombre, ha sustituido con ventaja a aquella otra palabra usada por los antiguos: *el Ser*, cuyos significados se extienden tanto a lo individual como a lo total, mientras que *Reality* se acostumbra reservar (en cosmografía) para lo total. De estos libros, el primero es de los últimos años del siglo pasado: su autor es David Deutsch y su título es «*The Fabric of Reality*» (1997). Hay otro libro muy importante de Roger Penrose: «*The Road to Reality*», de 2004 (de 1100 páginas). Un tercer libro es de Brian Greene, quien antes había escrito «*The Elegant Universe*» (1999) y también «*The Fabric of the Cosmos*» (2004) cuyo título es «*The hidden Reality*», de 2011: estos tres libros de Greene llaman la misma cosa por tres vocablos sinónimos (*Universe, Cosmos, Reality*). En la misma dirección, Einstein dijo una vez: «Reality is the real business of physics.» (la etimología de «física», a partir del indoeuropeo, significa «lo que es») El otro libro que lleva la palabra *Realidad* en su título es de Paul Davies y Niels H. Gregersen (eds.), y se llama «*Information and the Nature of Reality*». Todos estos que usan la palabra realidad tienen bien claras a la vez la Unidad y la multiplicidad de la misma, atienden con el mismo tesón a lo analítico que a lo sintético.

²³ El tratamiento metafísico de la existencia del «alma» –cuyo significado es irreemplazable, y cuya «verdad» cuando bien comprendida nadie quisiera negar, porque nos cerraría al entendimiento de textos como los de Platón (que involucra a Sócrates) y tantos otros textos fundamentales (al tiempo que nos acercaría peligrosamente al *Hombre unidimensional* y a la *racionalidad instrumental*) implicaría adentrarse en la filosofía de la metáfora en un grado que rebasa los límites de este ensayo. No obstante, lo he abordado en forma fragmentaria en diversos ensayos.

²⁴ Preparados en cuanto se puede, porque como antes insinuado al hablar de la *conversión* entre los trascendentales, cualquier concepto que consideremos para designarlo el género último, o máximo (por ej. el concepto de ser, o de Realidad) no tendrá ni mayor «extensión», ni mayor «comprensión» que las especies que incluya, si éstas son los trascendentales, como es el caso de Belleza. No hay en la Realidad más objetos bellos que objetos buenos, ni que objetos verdaderos, ni unos, ni que sean «algunos», o cosas, o entes (extensión). Tampoco esos objetos tienen más notas (comprensión) los unos que los otros. Simplemente, estamos escogiendo un nombre para hacer resaltar en el objeto/concepto que queremos definir una nota que todos los otros conceptos trascendentales también tienen. Por tanto, no hay diferencia específica y no hay verdadera definición.

²⁵ Cuando hablo de *designio* estoy pensando en el constituido por el acto ético del Hombre. Es indiscutible que, al nivel de emergencia de lo real que el Ser del Hombre constituye, el designio existe, y compromete la Realidad entera de la que el Hombre emerge. Por cierto, esta definición es la que más explícitamente incluye al Hombre en la quiddidad de la Belleza, la cual, más que un estado, es una acción, como el cosmos en que vivimos. Con su dinamismo y con la elección del paradigma de los trascendentales para explicarlo, da

estructura argumentativa a las aladas palabras de Sócrates/Platón en el Fedro. Lo que yo leo en el Fedro, 250 d - 251 a, es que la Belleza, por ser revelada por intuición sensible, es, en nuestra época actual de seres inmersos en la materia la forma más apta de alcanzar el Amor, por ser este sensible, apreciativo y conativo. Pero lo que la definición nuestra agrega al Fedro es que la causa formal de la [aparición de mayor] Belleza es el acto de Amor, el acto de sumarse por decisión personal a la afirmación voluntaria de la *realidad* de la Realidad. La base de todo Amor es decir «sí» a lo que es real. ¡Querer que el Mundo sea como debe devenir (no sin la intervención del Hombre)! Es una decisión que es responsable tomar por ser nuestra contribución personal a que «todas las piezas del Cosmos caigan en su lugar».